





DIONISIO
DE SALAMANCA.
SEGUNDA PARTE.

YA dixe q̃ en la mazmorra
quedò Dionisio metido,
con una cadena al cuello,
que dà lastima el decirlo,
de seis varas muy cabales,
y con dos pares de grillos.
Daban para su sustento
cada dia un panecillo
mal cocido de cebada,
de agua solo un quartillo,
hasta que un dia la Turca,
por si puede reducirlo
à que con ella se case,
fue à la mazmorra, y le dixo:
Ya estarás desengañado,
què te parece Dionisio?
De què te sirve tu Dios?
El rezar què te ha valido?
Y ese Antonio à quiẽ tu llamas
en què te ha favorecido?
Pues no te sirven de nada,
reniega de Jesu-Christo,
sigue al Profeta Mahoma,
y te casarás conmigo,

y

y gozarás mis riquezas,
que siguiendo bien los ritos
de nuestro Alcorán, serás
de todos muy aplaudido,
y al instante que tu mueras
has de tener por muy fixo,
que irás con el gran Mahoma
à gozar del Paraiso;
y si no quieres hacer
nada de lo que te digo,
has de morir al instante,
que ya tengo prevenidos
Moros que están aguardando
el ultimo finiquito.
Mira bien lo que respondes,
ahora es tiempo, Dionisio.
Què dolor! Què sentimiento!
Considere el entendido,
tendria el pobre Christiano
oyendo estos desatinos!
Pero bien determinado
à morir por Jesu-Christo,
le dice: Infame traidora,
tizón del Infierno mismo,
q̃ has de arder entre sus llamas
por los siglos de los siglos.
Yo reniego de Mahoma,
de su Alcorán fementido,
de ti, y de tus riquezas,
que para nada os estimo:
por mi Dios, y por mi Ley
el morir es gusto mio.
Celima que esto escuchaba,
hecha un fiero basilisco,
daba gritos como loca,
diciendo: Criados mios,
sacadme presto de casa
este mortal enemigo,
y arrastrarle por las calles,
pues èl se lo ha merecido,
y en una hoguera quemadle,
por haber sido atrevido
à decir en mi presencia,
sin temer à los castigos,
que reniega de Mahoma,
despreciando nuestros ritos.
Acudiò una grande tropa,
y cogiendo al pobrecito,
lo sacan de la mazmorra,
atando con grande ahinco
à su cuerpo unos cordeles
y con grandes alaridos
lo llevaban por las calles,
dandole muchos martirios.
Los llantos de los Christianos
no habrà quiẽ pueda escribirlos
pues muchos del sentimiento
quedaban amortecidos,
y llegaron à la Plaza,
donde està el fuego encendido,

Y

y al tiempo de ir à arrojarlo,
permitiò el Cielo Divino,
que las brasas se apagaran:
quien viò tan grande prodigio!
y à todos los circunstantes
llegò un Papaz, y les dixo:
Hechicero es el Christiano,
èl apagò el fuego mismo;
andad, y decidle à su ama,
que prevenga otros martirios,
para quitarle la vida,
que èstos de nada han servido.
Volvieronsele otra vez,
y Celima que lo vido,
le escupia muchas veces
diciendole: aun estàs vivo?
No te doy la culpa à ti,
sino à los que te han traido;
y asi como le contaron
lo que habia sucedido,
jurò por su gran Profeta,
que en azeyte ha de freirlo.
Volvieronlo à la mazmorra,
casi mas muerto que vivo,
y los Moros le decian,
ahora llama Dionisio,
à tus Santos que te saquen
del riesgo en que estàs metido.
Lo encerraron, y le ponen
de guardia quatro Ministros,
y al otro dia siguiente
se juntaron infinitos,
para darle cruel muerte,
y à la mazmorra se han ido.
Hallaron los Guardas muertos,
y al instante enfurecidos,
abren la puerta, y hallaron
que no estaba alli Dionisio,
todos quedaron pasmados,
y la Turca que ha sabido
que no parece el Christiano,
dando terribles ahullidos,
un cordel se atò en el cuello,
ahorcandose al proviso.
Vamos ahora a contar
lo que pasò con Dionisio,
pues aquella misma noche,
con sus cadenas y grillos
se lo llevò San Antonio,
sin ser de nadie sentido,
y en el portal de su casa
alli le dexò dormido,
y luego al amanecer,
la muger, y los dos hijos
se levantaron à Misa,
y à rezarle de camino
la Novena à San Antonio,
que le encargò su marido;
y abriendo la puerta, hallaron
aquel hombre alli tendido,

que

que por lo desfigurado
conocerle no han podido.
Su muger lo despertò,
diciendole: Señor mio,
quien tan lleno de prisiones
à mi puerta os ha traido?
Entre llantos y congojas
abriò los ojos Dionisio,
diciendo: Valgate el Cielo,
y San Antonio bendito!
Esposa, ya no conoces
à quien tanto te ha querido?
Hijos de mi corazon,
yo soy el pobre cautivo,
y vuestro Padre, que à noche
estaba en Argél metido,
y ahora me veo en casa,
que San Antonio Divino,
y la Virgen del Rosario,
asi me han favorecido.
Luego que lo reconocen,
con lagrimas y suspiros
le quitaron las cadenas
y en ellas vieron escrito
un rotulo, que decia:
Yo Antonio de Padua he sido
quien del poder de los Moros
librè este devoto mio.
Corriò al instante la nueva,
hombres, mugeres y niños,
todos acuden à ver
el milagro sucedido,
repitiendo en altas voces:
Viva Antonio esclarecido,
pues obra con sus devotos
milagros tan aplaudidos;
viva por siempre jamás,
viva por todos los siglos.
Y ahora noble auditorio,
à vuestras plantas rendido,
Pedro Saenz pide à todos
perdon de su rudo estilo.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà todo genero de Surtimiento, y Estampas en negro, è iluminadas.